

# Teleindignidad, o el cadalso electrónico

**Carlos Ruiz**

**Carlos Ruiz** es doctor en Periodismo por la Universitat Ramon Llull y profesor de Ética de la Comunicación en la Facultat de Comunicació Blanquerna-URL.

*Television has created a territory of impunity at the margins of society, of any society. Television admits and transmits behaviours that we would not tolerate except on screen. As an electronic socializing agent, it creates, as Aristotle would tell us, habit: through the systematic and interminable repetition of certain types of behaviour and of certain human profiles, the audience tends to perceive them as habitual, as normal. Entertainment programs erode one of the fundamental concepts of democratic society: dignity, which is the illustrated translation of honour, of fame. Tele-indignity attacks people's privacy which is the political conquest of liberal democracy. Television thus becomes an electronic scaffold, a medieval spike which returns us, at a blow, to pre-modernity.*

**A**quiles aguarda extramuros a que se desvanezca la noche para iniciar el asalto definitivo a Troya. Su madre le suplica que no vaya, que morirá.<sup>1</sup> Pero el héroe griego la desoye. Él piensa en la inmortalidad simbólica, en esa otra vida que otorga la fama. Prefiere morir con gloria a vivir sin ella. Raymond Cornell estaría de acuerdo con el héroe de la *Ilíada*. Murió de cáncer y, poco antes de morir, expresó un último deseo: que su hija, concursante de la versión australiana de *Gran hermano*, no lo supiera. Con este gesto, el padre no quería interrumpir la carrera de su hija hacia el estrellato televisivo.<sup>2</sup> Lo que une a ambos episodios es que tanto Aquiles como Cornell comparten la importancia de la gloria, de la existencia social. Lo que separa claramente a ambos casos es que, en el poema homérico, la reputación consistía en ser bien visto, y seguía a la virtud, al mérito o a las acciones heroicas, requisitos innecesarios hoy para acceder a la fama mediática.

Giambattista Vico, hijo del Renacimiento, entendió la enorme importancia del lenguaje como fundamento de la sociabilidad, porque posibilitaba la creación de un sentir común, de un juicio compartido, de unos principios por todos reconocidos. Y consideró que la poesía del hombre antiguo era, al transmitirse por vía oral portando valores en sus versos, el lenguaje de la ley, el lenguaje de esos principios compartidos. Homero, desde este punto de vista, no sólo era poeta, sino legislador. Sus personajes abandonaban el texto y actuaban como claros referentes sociales. De la oralidad homérica a la televisibilidad hay un enorme salto tecnológico, pero esta revolución no ha afectado sustancialmente a la importancia social que se otorga a los moradores del olimpo, de cualquier olimpo. La televisión ejerce de mito, degradado, pero mito. Los medios de comunicación son los actuales recitadores de mitos y de relatos. Y, como nos recuerda Miquel Tresserras, en la base del mito clásico se encuentran siete estructuras balsámicas que se mantienen intactas en el carácter mitológico del texto televisivo. Destacaremos dos de estas funciones: la función *especular*, porque todo mito es en definitiva un espejo donde los hombres buscan su imagen, y la función *ejemplar*, que cumple la misión de orientar, porque el mito propone ejemplos a seguir.<sup>3</sup> Tanto

---

<sup>1</sup> *Ilíada*, canto IX, 410-416.

<sup>2</sup> "Ocultan la muerte de su padre a una concursante de *Gran Hermano*" [en línea] <<http://www.elmundo.es>> [Consulta: 25/05/2007].

<sup>3</sup> TRESSERRAS, Miquel. *La ciutat de risc. El prodigi de la televisió i altres tecnologies*. Barcelona: Trípod, 2005, p. 80-90.

la poesía homérica como el texto televisivo son agentes socializadores: crean tramas de significados donde se suspende el animal simbólico. Y los agentes socializadores, crean, como nos diría Aristóteles, *habitud*: los medios son una lluvia fina y persistente que va calando en el cuerpo social. A través de la repetición sistemática e interminable de determinados tipos de comportamientos y de determinados perfiles humanos, la audiencia tiende a percibirlos como habituales, como normales. Si la ética aristotélica se podría sintetizar en la expresión “Somos lo que hacemos”, la nueva *habitud* electrónica sustituye aquella máxima por esta otra: “Somos lo que vemos”. Y lo que vemos es, en nombre del entretenimiento, un ataque a la propia dignidad humana.

La idea de “dignidad” es la traducción democrática e ilustrada de la idea de “honor”. La modernidad construyó, de la mano del liberalismo político, una zona reservada a la intimidad, un ámbito de privacidad al que no podían acceder otras miradas, sobre todo las del poder político. La división clara entre lo público y lo privado fue una de las mayores conquistas políticas de la democracia liberal. Fue una conquista frente al Antiguo Régimen y su facultad de invadir y controlar todos los ámbitos. Nació la sociedad civil, una región autónoma del poder político conformada por las relaciones económicas y las relaciones personales. La sociedad civil erigió el reino de lo privado. Porque los liberales entendían que todos teníamos derecho a tener una *habitación propia*, donde poder aislarnos y consagrarnos a nosotros mismos, a resguardo de cualquier mirada. Es una parte esencial de la libertad. Por ello, determinados aspectos de la privacidad se situaron en el núcleo esencial de los derechos a los que aspiraba una sociedad libre, como “el derecho al honor, a la intimidad personal y familiar y a la propia imagen”.<sup>4</sup>

Una de las paradojas con las que tropieza esta reflexión es que, durante algunos años, hemos estado debatiéndonos entre dos antiutopías: *1984*, de Orwell, y *Un mundo feliz*, de Huxley. Orwell temía que el poder político pudiera prohibir los libros, mientras que el miedo de Huxley era bien diferente: temía que no hubiera ninguna razón para prohibirlos porque nadie tuviese interés en leerlos. La tesis de Huxley es realmente inquietante: las amenazas para la libertad no provienen del poder político, sino de nosotros

---

<sup>4</sup> El entrecomillado corresponde exactamente al enunciado del art. 18 de la Constitución Española de 1978.

mismos. La sociedad civil se revuelve y devora los derechos fundamentales que la constituyeron. Paradoja liberal. Porque, en la actualidad, las empresas mediáticas constituyen la principal amenaza para la *visibilidad personal*, y vulneran y traspasan cuando quieren y como quieren las endeables fronteras de la privacidad. Y lo hacen tal como lo intuyó Huxley, porque cuentan con el consentimiento de los individuos. La televisión es hoy un *olimpo electrónico* que dispensa fama y notoriedad, que otorga existencia social. Y para ello no requiere ya gestas épicas, como a Aquiles, ni méritos. El único peaje que deben pagar es, precisamente, su propia fama, su honor, su dignidad. Así, la televisión deviene hoy *teleindignidad*.

La transmutación es espectacular: lo que antiguamente era el castigo —la afrenta pública— deviene hoy el premio ejemplar. Montaigne nos recuerda el caso del legislador griego Carondas, que fue el primero en no castigar con la muerte a los desertores. Optó por su muerte simbólica, por su muerte social. El desertor debía sentarse durante tres días en el centro de la plaza pública, ataviado con un vestido de mujer. En palabras de Tertuliano, *Suffundere maluit hominis sanguinem quam effundere* (“Se decidió hacer subir la sangre al rostro en vez de derramarla”).<sup>5</sup> Hoy, en el rectángulo que enmarca el mundo, una mujer llora ante la cámara porque no soporta su físico, y confiesa públicamente que es muy infeliz y que daría cualquier cosa por cambiar su situación. Los dioses del *olimpo electrónico* no desatienden su súplica. Cirujanos estéticos, odontólogos, peluqueros y maquilladores obrarán un *Cambio radical*.<sup>6</sup> Las cámaras omnipresentes nos mostrarán, en planos constantes de constantes llantos, el antes y el después. La infeliz, en ropa interior, se desnuda moralmente para que la audiencia pueda ser testimonio del después, del milagro. Ahora es el turno de Holanda. Una enferma terminal de cáncer irrumpe en el plató y conoce a los tres concursantes. Sólo uno ganará el concurso. El premio: el riñón que necesitan. La polémica sacude a la opinión pública holandesa. El día de la emisión, el programa arrasa, pero

<sup>5</sup> MONTAIGNE, M. *Ensayos*, LI, cap. XVI, p. 111. La cita es de Tertuliano, *Apol.* 4,9.

<sup>6</sup> En la web de este programa de Antena 3tv se puede leer esta presentación: “*Cambio radical* está exclusivamente dirigido a aquellas personas que necesitan un cambio de imagen, bien por motivos físicos o psicológicos que influyen en ellas de forma negativa. Por tanto, el objetivo del programa es el de ayudarles a transformar su vida mediante un cambio de imagen que, en consecuencia, incluirá una mejora física, pero también emocional” <[www.antena3tv/cambioradical](http://www.antena3tv/cambioradical)> [Consulta: 09/06/2007].

pone al descubierto, en el momento decisivo, que se trata de un montaje. La enferma terminal es una actriz; los pacientes, reales. Los responsables del canal privado BNN adornan retóricamente este juego surrealista diciendo que la emisión trataba de concienciar a los espectadores sobre la importancia de donar órganos, como si el formato del entretenimiento fuera el único capaz de sensibilizar a la audiencia.<sup>7</sup> Podríamos continuar con la enumeración. Es sencillo. Basta con zapear cualquier día a cualquier hora. Cada canal aspira a construir su propio cadalso electrónico, su picota medieval. Exhibir la pornografía moral vende, y da lo mismo que sea un concurso de música o de supervivencia. Lo importante es la crispación y el insulto entre los concursantes, la autohumillación, la exhibición descarnada de la propia intimidad.

Y vamos a más. Así lo indica la única lógica que guía a los programadores televisivos. Una lógica que ya previó en el siglo XIX John Stuart Mill, cuando la industria comenzaba a desembarcar en las playas de la cultura. Mill lo explica en uno de sus comentarios a la *Democracia en América*, de Tocqueville. Al filósofo francés le preocupaban los efectos de la convergencia de dos tendencias: la competencia industrial y la proliferación de productos, y el público numeroso al que se dirigían. Mill se muestra de acuerdo con su amigo y observa lo siguiente:

21

En la multiplicación de su cantidad ve [Tocqueville] el deterioro de su calidad. Distráido por tamaña multitud, el público no puede prestar más que un momento de atención a cada uno; por tanto, estarán adaptados principalmente para causar impacto en el momento. La aprobación deliberada, y que ésta dure más de una hora, son cosas cada vez más difíciles de conseguir.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> El programa se llama *The Big Donorshow —El gran show del donante—* y se emitió el 29 de mayo de 2007. Los responsables afirman que se trata de hacer un tributo al fundador de BNN, Bart de Graaff, quien murió hace cinco años de una insuficiencia renal, a pesar de ser sometido a varios trasplantes.

<sup>8</sup> MILL, John Stuart. *Sobre la libertad y comentarios a Tocqueville*. Madrid: Espasa Calpe, 1991, p. 350. La lucidez de Mill continúa en el párrafo siguiente al citado: “[...] Pero la multitud de compradores da la posibilidad de un gran éxito económico, y da notoriedad temporal del trabajo hecho para agradar inmediatamente, y para agradar a la mayoría. La literatura se convierte así no sólo en un negocio, sino que es impulsada gracias a las máximas normalmente adoptadas en otros negocios, que viven más del número que de la calidad de sus clientes; no hace falta dedicar mucho esfuerzo a las futuras mercaderías proyectadas para el mercado general, y lo que se ahorre en la fabricación puede ser gastado provechosamente en anunciarse”.

Ésta es la lógica, la del gesto más estridente. Por lo tanto, el futuro de la teleindignidad es más teleindignidad.

La invasión de la intimidad y el comercio con la dignidad humana nos devuelven, de bruces, a la premodernidad. Y da lo mismo que se haga con el consentimiento del ofendido. Porque lo que se resiente es la sociedad. Mill lo vuelve a expresar con contundencia: “El principio de libertad no puede exigir [que un hombre] sea libre para no serlo”.<sup>9</sup> Porque los derechos fundamentales son derechos individuales pero tienen indudablemente una dimensión social. Sin ellos se desmorona la propia sociedad. Cesare Beccaria da inicio a su obra *De los delitos y las penas* con una descripción espeluznante de la ejecución pública de Robert Damiens, que hirió con un cuchillo a Luis XV.<sup>10</sup> Su atroz agonía duró horas. Pero Beccaria nos refiere con detalle el sufrimiento y la tortura para decirnos que una sociedad no puede permitirse ciertos tipos de espectáculos porque no contribuyen a mejorarla. Para el célebre jurista, sólo es legítima aquella sociedad que procura a sus miembros “los menores males posibles.”<sup>11</sup>

Una sociedad democrática deberá entender que no todo es visible, mostrable. En la actual situación conviene pensar si los contenidos de entretenimiento pueden actuar como referentes en la construcción política de nuestra sociedad. Sobre todo si convenimos que el espacio mediático adquiere cada vez una mayor autonomía y da la espalda a la sociedad real, entra en contradicción con ella, la desmiente y la socava. Todos los esfuerzos educativos y legislativos se estrellan contra las fronteras de ese nuevo territorio electrónico donde impera la impunidad. El texto televisivo emite y admite comportamientos que no toleraríamos fuera de la pantalla. De acuerdo con Beccaria, decidimos suprimir las ejecuciones públicas, pero el texto mediático nos permite ver la agonía de Sadam Husein, la mirada de pánico del hombre que sabe que se enfrenta a la muerte, sus gritos de desesperación. La democracia debe defender a ultranza la dignidad de cualquier persona, sea la de un asesino o la de un dictador. Porque en eso consiste precisamente la democracia y el Estado de Derecho.

Y una última reflexión, quizás exagerada. Pero la hipérbole a veces es necesaria para advertir del recorrido de algunas tenden-

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 216.

<sup>10</sup> BECCARIA, Cesare. *De los delitos y de las penas*. Madrid: Alianza, 2004, p. 7-8.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 68.

cias y la necesidad de algunas resistencias. Es una reflexión de la mano de Primo Levi, el hombre que asistió a la muerte de la dignidad, a la muerte del hombre. Levi, químico de profesión, se enfrenta en Auschwitz a un examen de química. Levi, un número —174.517— se sienta frente a su examinador, el *doctor* Pannwitz, alto, delgado, rubio. Cuando el oficial nazi dejó de escribir, levantó los ojos y lo miró. Levi destila como un alquimista aquella manera de ser visto:

Porque aquella mirada no se cruzó entre dos hombres; y si yo supiese explicar a fondo la naturaleza de aquella mirada, intercambiada como a través de la pared de vidrio de un acuario entre dos seres que viven en medios diferentes, habría explicado también la esencia de la gran locura de la tercera Alemania.<sup>12</sup>

Y los seres que se mueven detrás de la pared de vidrio del televisor son personas y tienen dignidad. Somos, efectivamente, lo que vemos.

---

<sup>12</sup> LEVI, Primo. *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik, 1998, p. 112-113.